

Terminó su auscultación sin pronunciar una sola palabra; solamente, de tiempo en tiempo, sacudía la cabeza con aire desalentado.

Chinela, que al principio parecía tomaba cierto interés en el exámen del doctor, concluyó por dejar caer su barba sobre el pecho, y, aunque de pié, se quedó dormido.

En fin, el doctor hizo volver á cubrir á la Pippione, asegurando — ¡con qué tono! — con ese tono ligero y festivo habitual en los médicos en los casos desesperados — que no sería nada, absolutamente nada.

Luego habló con Ursula aparte en un rincón del cuarto.

— ¿Sois vois la enfermera? preguntó.

— No, respondió Ursula, estas pobres gentes no tienen enfermera, señor doctor; pero si una enfermera es necesaria, yo serviré á la enferma.

— ¡Es indispensable! replicó vivamente el doctor Toinon, y desde mañana nosotros cuidaremos de proporcionar una á esa pobre chiquita. Pero esta noche...

— Esta noche, respondió ingenuamente Ursula, yo velaré.

Entonces el doctor entró en detalles minuciosos de los cuidados que se han de dar. Será menester que beba cada hora una cucharada de tal jarabe, — hacer esto, aquello, lo otro.

Y, con aire atento y serio, Ursula meneaba la cabeza, grabando en su memoria cada una de las prescripciones del médico.

— ¡Vamos! ¡vamos! dijo el doctor Toinon, cuando hubo terminado sus recomendaciones, tenéis el corazón lleno de buena voluntad, y por esta noche todo irá bien. Ahora voy á visitar otros enfermos. No os ocupéis del boticario, yo le veré al bajar y haré subir todo lo que es necesario.

— No quisiera dejarla, dijo Ursula bajando los ojos, ni siquiera un minuto, y si tuvierais la bondad... de prevenir abajo...

— ¿A vuestros parientes?... sin duda, mi querida jóven, sin duda... Y es menester encender un buen fuego en esta estufa, ¿entendéis? Voy á enviaros leña; pasar una noche en blanco es cosa dura cuando no se tiene costumbre. — Y cenareis, á cosa de media noche. Qué diablo, no es necesario caer enferma por cuidar á los demás. ¿Vuestros parientes se llaman?...

— Gosse, señor doctor. — madama Gosse.

— ¡Bueno, bueno! voy á decir á madama Gosse que os envíe vuestra cena. Hasta la vista, mi enfermerita. ¡Eh! Chinela, viejo borracho, alúmbrame, en lugar de dormir...

Y el afable doctor salió haciendo el más gracioso de sus saludos.

A mucho más llevó la complacencia, con gran confusión de Ursula, pues hasta subió de nuevo él mismo para traer á su « linda enfermerita » el canastillo cubierto que contenía su cena.

En cuanto á Chinela, salió con el doctor, con el pretexto de ir á casa del boticario en busca de los medicamentos necesarios; pero no se le volvió á ver en la velada, y un mozo de la botica tuvo que traerlos.

Una hora despues, el cuartito de la Pippione presentaba

un aspecto tan confortable que causaba placer en verlo, tan cierto es que la presencia de una mujer jóven y linda transforma inmediatamente el aspecto de todos los objetos que la rodean.

Un fuego claro ardía en la estufa, y alegres lenguas de llama venían á lamer la puertecilla entreabierta. La lámpara alumbraba alegremente bajo la pantalla llena de dibujos negros, y en la mesa, cubierta con una servilleta muy blanca, estaba dispuesta la cena frugal de Ursula.

La cama había sido rehecha. La Pippione, bien envuelta, con la cabeza extendida sobre la blancura mate de la almohada, no podía cansarse de bendecir con la mirada á su bueno, su lindo angelito guardián.

Mistigris también, tranquilizado en fin, había sacado de debajo de la cama primero una pata, luego la otra, y, finalmente, de un solo brinco había ido á volver á ocupar, en el cobertor de los piés de la cama, su lugar acostumbrado.

La olla de hierro, tarareando su gorgojo continuo, castañeteaba alegremente con la tapadera como una comadre en día de buen humor. ¡Oh! ¡qué encantador albergue había hecho de este sórdido desván un solo ademán de la dulce hada que tenía por nombre Ursula!

— ¡Ea! dijo vaciando en la cuchara de estaño un poco de la pocion y haciendo lo que ella llamaba sus malos ojos: vais á tomarme esto en seguida, y luego á dormir. Bajadme pronto esos largos párpados ó me enfado. ¡Oh! á mí no me agrada que nadie me desobedezca, y gruñiré de veras, os lo prevengo, si no dormís muy tranquila. Mirad á Mistigris, él no está enfermo y duerme ya como un lirón. Vamos, venid aquí, Mistigris, os convidó á cenar conmigo.

— ¡Qué buena sois, señorita Ursula! suspiró la Pippione.

— Sí, sí, lo sé bien. Vais á hacerme cumplidos para que charle aun en lugar de dejaros dormir; pero esta vez no lo conseguireis. Dentro de una hora, al tomar vuestra segunda cucharada, charlaremos un poquito, nada más. Hasta entonces, buenas noches. Vamos, cerrad pronto los ojos ó reñimos.

Y la Pippione cerró los ojos. Pero la socarrona no los cerraba del todo, y con la cabeza recostada sobre la almohada, á través de las largas franjas de las pestañas, miraba, contemplaba y se embebecía, sin jamás poder cansarse, en la dulce sonrisa de Ursula.

Esta, con Mistigris sobre las rodillas, cortaba en pedacitos el pan y la carne de su cena frugal. Era una niña, una niña loca é inocente, Ursula; se divertía con los diferentes visajes del gato y con sus ganas de atrapar algo y con ver su pata tan pronto alargada como tan pronto retirada, y le hacía olfatear el bocado, y se lo retiraba, y se lo ponía sobre el hocico con prohibición formal de dejarlo caer antes de la señal.

Y el animal, bien amaestrado, se prestaba á estos juegos infantiles lo más gravemente del mundo.

— Y ahora, señor Mistigris, que hemos cenado, vamos á beber, si os place.

Echó en el vaso una parte del contenido de la botella que le había traído el doctor Toinon con su cena.

Por fuera, en la meseta, el señor Chinela tenía el ojo clavado en el agujero de la cerraja. Pero esta vez no se le había oído subir la escalera, se había descalzado para no meter ruido.

## V

## LOS DOS COCHES DE ALQUILER.

Las once y media dan en el reloj de la iglesia de San Eustaquio. Un pesado carruaje, tirado por un caballo más vigoroso que suelen por lo regular ser los de los tiros de estas clases de vehículos, se detiene un poco más abajo del café de los Bandidos, en el esquinazo de la calle Rambuteau y del mercado.

La acera está cubierta de gente, los establecimientos públicos relumbrantes de luces, pero la presencia de un coche en semejante sitio es un hecho demasiado común para que fije su atención en ello.

M. Gigant descende del carruaje y el cochero le sigue. Ambos á dos hablan en voz baja. M. Gigant sin duda le da instrucciones, pues el otro escucha con atención y mueve la cabeza en señal de asentimiento.

Luego el cochero vuelve á su asiento, y M. Gigant da algunos pasos en dirección del café.

No hace, sin embargo, otra cosa más que asomarse á la puerta y dar un vistazo en el interior del establecimiento. Esta inspección le bastó para apereibir, en un rincón de la sala baja, á los esposos Gosse. Madama Gosse también esperaba sin duda esta señal, y ha visto á M. Gigant, pues le responde con una seña de cabeza y la más amable de sus sonrisas.

La buena mujer lleva un traje de viaje, y está envuelta en una espesa escocesa, con un esportillo henchido sobre las rodillas; bebe el trago de adios en compañía del « lobo querido », que se contenta con un vaso de agua azucarada, mientras que su mitad prepara concienzudamente el más confortante de los *gros* con aguardiente.

Entretanto, en la esquina de la calle Rambuteau y de la calle de Saint-Denis, ocurre otra escena. — Una berlina de color oscuro se ha detenido, y el cochero, bajando de su asiento, habla también en voz baja con el viajero que acaba de conducir.

Este, que lleva la blusa de color oscuro del obrero, le designa con el dedo la ventana de una bohardilla algunas casas más abajo, al otro lado de la calle.

— Voy á entrar, dijo, y á vigilar todo; desde el cuarto que yo habito allí arriba, puedo oír todo lo que pasa en casa de los Chinela. Cuando haya llegado el instante, esa ventana se iluminará.

— Entonces, responde el cochero, que no es otro que

Clemente, yo bajaré por la calle al pequeño trote, como está convenido, y gritaré á Jacquemin: « Un coche, mi amo. »

— Luego echarás á andar á gran trote donde sabes.

— Está bien.

— Yo voy á ver si Jacquemin está en su puesto.

José, — pues nuestros lectores le han reconocido sin duda, — dejó á Clemente despues de este rápido diálogo, atravesó la calle, y penetrando en la sombra de las casas, descendió algunos pasos en dirección á los mercados. Al oírle venir, una forma se destacó de la muralla.

— ¿Eres tú, Luis?

— Sí, señor José.

— Bueno: ¡atención! el momento se acerca.

Y José, con ese aire indolente de un inquilino que vuelve á su domicilio despues de una larga jornada de trabajo, entró en la casa silbando un *aria*.

Casi al mismo tiempo, fué seguido en el pasadizo por un hombre tambaleándose bajo el peso de la emoción y de la borrachera, por el señor Chinela.

En el café, M. y madama Gosse se hacían tiernos adioses. La cara señora, cuyas cualidades afectivas había exaltado singularmente el *grog*, no podía arrancarse de su lobo querido, que parecía por su parte muy apesadumbrado de ver marchar á su « bebellita adorada. »

Era el más tierno y el menos indiscreto de los esposos, este buen M. Gosse, y en verdad su mujer hubiera sido ingrata en no adorarle. Jamás una reprimenda, nunca una cuestión, y con tal que su comida estuviese cocida á punto, su cama hecha, su fuego bien encendido y su bolsillo provisto de un par de monedas blancas, jamás le hubiese oído regañar ni mezclarse en lo que no eran sus negocios.

Así, por ejemplo, no se inquietaba nunca de la procedencia de las monedas blancas, ni de la comida, ni de lo que se pagaba al carbonero ó por el alquiler del cuarto. Todos esos menudos baturrillos caseros concernían especialmente á madama Gosse.

Esta noche ella le había dicho sencillamente:

— Es menester que marche por algunos días con Ursula.

Y él le había contestado sencillamente también:

— Eso te concierne á tí, tú sabes mejor que yo lo que tienes que hacer.

Tierna confianza que todos los maridos parisienses deberían imitar... según la opinión de las señoras de París...

Y no es porque las habladoras de las comadres no hubiesen llegado á sus oídos, no porque hubiese dejado de notar sus sonrisas solapadas, sus gestos desdenosos, y los cuchicheos irónicos que tenían cuando le veían pasar.

Sino que el buen M. Gosse se burlaba muy bien de todas esas frustrerías.

Su mujer traía á la casa buenas rentas, y eso bastaba al honrado memorialista. Madama Gosse, en suma, valía más y mejor que todas esas lenguas viperinas, — y además, ¿por qué creer siempre en el mal?

Tanto más que, creyéndolo, hubiera sido preciso el enfadarse, y entonces, adios la buena vivienda, el buen fuego,

la buena cena, la buena cama, y las lindas pesetas blancas en el bolsillo.

¡Viva la filosofía! M. Gosse era un filósofo.

— Con que queda bien entendido, repetía por la décima vez madama Gosse, que sin duda no creía sino medianamente en la inteligencia del « lobo querido », — ¿si preguntan por mí?...

— Responderé que estás en la campiña...

— ¿Con...?

— Con nuestra sobrina Ursula.

— ¿Comprendes bien? — Hemos ido á Nanterre á visitar á una parienta enferma... ¿y volveremos...?

— Dentro de ocho ó quince días, continuó M. Gosse, repitiendo su lección.

— Eso es; y de tiempo en tiempo, cada dos ó tres días, darás noticias nuestras, con aire indiferente, como si acabases de recibir una carta.

— Sí, repuso M. Gosse.

— No sé si las recibirás, á la verdad, y si podré escribirte, pero no estés inquieto por eso.

M. Gosse castañeteó con sus dedos al aire, como para decir:

— Me es indiferente.

— No nos sucederá nada, ni á Ursula ni á mí, te lo prometo, continuó madama Gosse, empujando marcialmente su vaso.

El « lobo querido » se equivocó al ver este gesto y chocó su vaso de agua azucarada con el vaso de *grog*.

— ¡A vuestra salud, bebella adorada!

— ¡Qué amor de hombre! exclamó madama Gosse con entusiasmo. Es bestia como un troncho de berza y fiel como un conejo. Es justamente el marido que me hacía falta. Pero, despachemos, que la hora se adelanta.

Se levantó, pagó su cuenta, se aseguró de que nada faltaba en su capacho, colocó bien su escocesa caída de sus espaldas y salió á la acera.

El coche esperaba siempre en frente, y dirigiéndose con paso resuelto hacía él:

— ¿No es á mí á quien esperais? preguntó.

El cochero abrió prontamente la portezuela, y madama Gosse hizo un gesto de despedida á M. Gosse y se estableció á sus anchas en el rincón mas oscuro.

Por lo que hace al memorialista, permaneció un instante inmóvil en la acera, como incierto de lo que debía hacer, y volviendo lo mas pronto posible la espalda al coche, se alejó en direccion al puente Nuevo.

— ¡Ya puedes marcharte donde quieras! refunfuñaba este fiel esposo; me burlo bien de todo eso. Tengo dinero y voy á divertirme como en carnestolendas.

Y asegurándose de que ya no era visto, inclinó como un calavera, de una manotada, su sombrero sobre la oreja, se arregló el cuello de la camisa como un petímetro, hizo dar algunas vueltas á su bastón, y, alargando sus labios, comenzó á chiflotear esta canción:

¡La faridondaina,  
La faridondon!

— El agua azucarada me sienta mal en el estómago, pero yo conozco un paraje donde la cerveza es buena.

Hizo castañetear dos ó tres veces su lengua contra su paladar.

— ¡Eh! ¡eh! ¡eh! ella se imagina que su marcha me causa pena. Ya puedes irte donde quieras, vieja, anda. — ¡Viva la libertad!...

Hizo, á fe mia, saltar dos ó tres veces su sombrero, y ensayó un paso de rigodon en la acera enfrente de la estatua de Enrique IV.

Madama Gosse no hubiera conocido el lobo querido, — ¡tan monstruos son los hombres!...

Durante este tiempo, la buena mujer se arreglaba lo mejor que podía en el rincón del coche, y, con lágrimas en los ojos, soñaba en la tristeza de su pobre Gosse á quien dejaba enteramente solo, lejos de su « bella adorada. »

— ¿Cómo va á arreglarse sin mí? suspiraba; ¡pobre lobo querido!

Los tres cuartos para las once sonaban en el reló de San Eustaquio.

## VI

¡POBRE MISTIGRIS!

Volvamos á la bohardilla de la Pippione.

La escena ha cambiado de aspecto completamente.

Ursula, blandamente aplomada en su silla, con la frente apoyada en sus dos brazos doblados sobre la mesa, está durmiendo con un sueño pesado y penoso.

La lámpara se ha carbonizado por falta de cuidado, y ya no arroja, sobre los objetos que hace vacilar su trémula luz, sino un resplandor rojo y sombrío.

La Pippione también se ha adormecido, y solo, acurrucado al pié de la cama, Mistigris, el gato negro, vela en la oscuridad y el silencio.

La lámpara arroja de pronto una postrera llamarada como si una puerta abierta de pronto activara la corriente del aire, y luego se extinguió, llenando la atmósfera de una humareda acre.

Mistigris, como impelido por un resorte, se ha enderezado sobre sus cuatro patas, y no se ve ya en la oscuridad sino sus ojos amarillos que brillan como carbones encendidos.

Un ruido sordo, ahogado, casi imperceptible, resuena en la bohardilla. Diríase el de un paso precavido, un paso de ladrón ó de asesino.

Una silla empujada resbala rechinando sobre el piso, y despues nada mas.

La Pippione se ha despertado, é incorporándose en la cama, con los ojos dilatados, procura ver en la oscuridad opaca, y permanece inmóvil y abierta la boca de terror.

Tiene miedo.

¿Quién viene pues á esta hora de la noche á este cuarto y con tantas precauciones? ¿dónde está Ursula? ¿por qué se ha apagado la luz?

Vuelve á comenzar el ruido. Una mano tendida hácia delante roza los objetos. En este instante toca la estufa, ahora la mesa.

Otro silencio.

En su sueño, Ursula exhala un largo, un desgarrador suspiro.

No pudiendo ya disimular su terror, con voz débil y vacilante la Pippione pregunta:

— ¿Quién está ahí?

Nadie responde.

— ¿Quién está ahí? ¿quién está ahí? pregunta de nuevo la Pippione, y su miedo se cambia en locura. Le parece ver ya levantado el puñal sobre ella, y, levantándose enteramente, grita con plena voz:

— ¡Socorro! ¡socorro!

Entonces, en la oscuridad, siente una mano brutal anudarse en derredor de su cuello, penetrar en sus carnes, hacer hinchar sus venas. Un soplo caliente le pasa por la cara, y muy arrimada á su oído una voz ronca, aunque baja, murmura con sorda rabia:

— ¿Callarás, hija del diablo?

Es la voz del señor Chinela, del terrible *padrone*.

La pobre niña se debate bajo la horrorosa presión. Pide cada vez mas débilmente « ¡Socorro! ¡socorro! » Pero, de repente, Chinela á su vez exhala una terrible interjección de espanto, de rabia y de dolor combinados; sus manos se separan del cuello de la Pippione, y esta, cayendo sobre las almohadas, se desmaya.

Mistigris ha saltado al socorro de la niña: sólidamente encorvado sobre los hombros de Chinela, le destroza la cara y las espaldas con sus largas garras y le muere la nuca con sus dientes agudos.

El otro se debatí, procura en vano agarrar á su enemigo inatacable, y, derribando los muebles, tropezando en las paredes, cegado por la sangre que le brota de la cara, da vueltas en la estrecha bohardilla como un animal salvaje.

En fin, exhala un grito de triunfo: ha podido asir al animal por el lomo, le arranca carne, piel y todo de sus espaldas, le tiene en el aire, y, furioso, le arroja contra el pavimento del cuarto.

Luego, como el gato, con los riñones destrozados, maulla lamentablemente, y es menester evitar el ruido, ébrio de dolor y de rabia, Chinela levanta el pié y le aplasta la cabeza bajo su talón.

Ya es tiempo; los tres cuartos para las doce suenan en el reló de San Eustaquio. Ningun obstáculo se opone ya á que Chinela lleve á buen fin la empresa que el miserable animal por poco hace abortar.

Enjuga su rostro sangriento con el primer trapo que encuentra, y tomando á Ursula en sus brazos, se pone en disposición de bajar la escalera.

No obstante; aunque oscura, la bohardilla que ocupa el

otro lado de la meseta no está inhabitada. Contra la puerta entreabierta, un hombre permanece en pié.

En cuanto Chinela ha descendido algunos escalones, esta puerta se abre de par en par, una cabeza se asoma curiosamente por encima de la balastrada de la escalera, y dos ojos ardientes interrogan á las tinieblas.

— ¡Es realmente él! se dijo el espía.

Pero, á pesar de esta seguridad, continúa escuchando con tal atención, que no pierde ninguno de los vagos rumores de la casa muda.

Chinela marcha con los piés descalzos, y sin embargo el otro oye el ruido ahogado de sus pasos: diríase que cuenta las gradas á medida que Chinela las va bajando.

Diez largos minutos trascurren así, pues Chinela, cargado con la jóven dormida, va lentamente para evitar un choque ó cualquiera otro ruido que le denunciara.

En fin, el espía se vuelve á enderezar.

— Ya está en el corredor, se dice, es tiempo.

Vuelve á su bohardilla: en el espacio de un milésimo de segundo, una bugia encendida, pasa vivamente por delante de la estrecha abertura de la buharda y se apaga.

Y, encaramado sobre la mesa dispuesta de antemano con este objeto, la mitad del cuerpo sobre el tejado, inclinado hácia la calle de un modo capaz de dar el vértigo, el jóven mira.

Los mil ruidos confusos é indistintos de la calle, ruidos formados por la conversacion de los que pasan, por el de los que marchan apresuradamente por las aceras, por el que producen las ruedas de los coches y carros, llegan á sus oídos.

Pero en medio de toda esa mezcla y confusion de sonidos, él no escucha ni presta su atención mas que á uno solo, y para poder oír mejor el ruido que él escucha, hasta detiene su respiracion.

En fin, una sonrisa viene á cambiar su fisonomía: óyese abrir la puerta de la calle, y en seguida vuelve á cerrarse esta puerta; ha reconocido el sonido del pestillo movido por la llave; despues oye, en direccion perpendicular debajo de él, el ruido de un carruaje que viene por la calle y que se para: la portezuela de este carruaje se cierra con violencia y el coche vuelve á echar á andar.

El observador se inclina mas y mas para poder ver mejor, y, si una de las manos no se hubiese asido fuertemente al canelón de plomo del tejado, habria ido á caer sin remedio á la calle; pero, advertido instintivamente del peligro que corria, hace un movimiento brusco hácia atrás y se retira de su peligroso observatorio.

Sin duda ya habia visto lo bastante. Acababa de ver un coche que daba la vuelta, al gran trote, la esquina de la calle por el lado de los Mercados y se dirigia hácia los muelles.

Madama Gosse, mientras tanto, se habia dormido en el fondo del cabriolé.

En esto dan las doce, la hora precisa indicada al cochero, que sabe bien que debe subir al coche otra persona en aquella hora, una jóven enferma, segun le han di-